



## Memorias de una solterona.

---

### I

#### La vocación de una solterona.

UNA de las ventajas de las solteronas, es que podemos confesar nuestra edad. Yo tengo treinta y siete años cumplidos y olvidados ya por mi prójimo y hasta casi por mí misma. ¿En beneficio de quién había yo de procurar parecer más joven? Yo no comparto la vida de ningún sér; yo no soy un obstáculo para la realización de ninguna aspiración, ni fomento ninguna ambición, ni tengo en torno mío ninguno de esos cariños apasionados de un marido ó de unos hijos que sufren al ver destruída la energía que les es útil y la parte ideal que creían haber monopolizado. ¡Y la vejez se apodera de todo esto! Es una mala aparcera. Acaba por no dejar nada.

Yo no he llegado á ese extremo. Sin ser vieja, disto bastante de ser joven para que mi libertad no sea completa. Puedo ir y venir por las calles en la ciudad y

por las carreteras en el campo; subir á las guardillas de los pobres, parar á Valeria cuando sale del taller, y preguntar por su padre á los tres pequeñuelos de Blancpignon que están jugando en la acera sin que nadie se cuide de ellos. Para ser útil á los pobres, no se necesita ser fea; pero como me dijo una vez una sillera, no conviene «gastar muchos lujos»; es preciso que cuando nos vea de lejos aquel ó aquella á quien vamos á buscar, piense sencillamente: «Es una mujer»; cuando nos hable: «Es una señora»; y en el momento en que nos alejamos: «Es una amiga». Estoy segura de que mis pobres me amarían menos si yo fuese esclava de la moda y si no me encontrarán siempre lo mismo; tendrían menos fe en mi cariño si yo llevase en mi persona tantas pruebas de que no siempre estoy pensando en ellos. Le tomarían ojeriza á mi abrigo de astrakán ó de cibelina, á mis lazos, á mis volantes, á los tacones de mis botas y á la pluma de mi sombrero.

Si otra mujer dedicada también á vestir imágenes y con las mismas aficiones que yo, me pidiese consejo, le advertiría, ante todo: Señorita, hay diez mil maneras de ser modesta en el vestir; la más desagradable consiste en serlo demasiado; no siéndolo bastante se corre el riesgo de ofender á los humildes; para hallar el justo medio basta con tener un poco de corazón y de costumbre.

En segundo lugar, le diría: Ningún trabajo le costará á usted inspirar respeto á los pobres. No es necesario explicar la caridad á los que se benefician de ella

ni á los que constantemente están viendo desgracias en torno suyo. Acude siempre bajo nombres distintos que no se conocen inmediatamente ni se saben siempre; pero se inclina, con la misma solicitud, sobre los mismos males que incesantemente renacen; siempre ha pertenecido al barrio; nadie recuerda una época en la que no hubiera asilos, ni hospitales, ni personas que visitasen á los pobres, ni repartos de ropas de invierno, ni bonos de pan, ni enfermeras, ni socorros á los trabajadores, ni regalos de cunas, ni donativos de envolturas. No hay calle, por oscura y fétida que sea, por donde no haya pasado muchas veces, una mujer como nosotras, llevando algún consuelo en sus manos y en sus ojos. ¿De dónde ha salido? ¿Para qué ha ido á aquel barrio? ¿Qué reflexión, qué aficiones, qué dolor ó qué interés la ha impulsado á ir, y luego la ha obligado á volver? Los pobres no tratan de averiguarlo por la sencilla razón de que ya lo saben.

Saben que hace diez y nueve siglos fué propagado por el mundo un ideal de fraternidad y que desde entonces hay seres, mujeres casi siempre y creyentes en su mayor parte, aunque algunas no lo sean, que lo recuerdan. Saben también que jamás faltarán estos seres. Las personas de la buena sociedad, por el contrario, no salen de su asombro. Sobre todo, al ver que nos quedamos solteras.

¡Qué catástrofe! Y tratan de explicarlo. No se preguntan si, á falta de otros motivos, no habrán bastado para hacernos prudentes, los ejemplos de felicidad que

nos ofrecen sus hogares. No, necesitan una explicación que nos rebaje á nosotras y que les honre á ellos: somos demasiado feas ó demasiado pobres, hemos tenido disgustos amorosos, el ser querido nos ha dejado plantadas, ya involuntariamente, por haberse muerto, ya porque nos ha sido infiel. ¡Pobrecitas! Y nosotras nos consolamos,—si puede una consolarse de este modo, cosa, según ellos, muy dudosa,—«haciendo obras de caridad.» Durante diez años, he oído, he adivinado estas murmuraciones en torno mío. He soportado entrevistas que jamás han dado resultado; he desanimado á todo el que intentaba entablar negociaciones matrimoniales, y hasta la anciana casamentera ha llegado á decirme: «Ya lo sentirá usted, hija mía, y entonces será demasiado tarde, sí demasiado tarde.» Hasta que cumplí los treinta años no me ví libre del peligro de casarme, ó por lo menos, hasta entonces no cesaron de proponérmelo. Lo mismo le sucederá á usted, se lo participo.

Además, haría otra advertencia á la candidata que me consultase. Ni antes ni después de que haya usted cumplido los treinta, le diría, creará nadie en su vocación. Lo único que harán, será clasificarla á usted entre las «sobreseídas», como creo que llaman en el Palacio de Justicia á las causas de que es inútil ocuparse. Pero, hay personas que nos siguen persiguiendo y ni envejeciendo conseguimos vernos libres de ellas. Desconfíe usted de las admiraciones desinteresadas. Si consigue usted fundar una asociación nueva ó dar ma-

yor impulso á una ya fundada; si á la rifa para los pobres organizada por usted ha acudido mucha gente; si un amigo, al atravesar el barrio en automóvil, la ha visto á usted en medio de un grupo de niños ó de mujeres, ataviada con su blanco mandil de enfermera y tratándolas á todas como una amiga verdadera, entonarán un coro de alabanzas y le darán á elegir entre infinidad de palabras elogiosas: «Una verdadera santa, querida, una verdadera santa; hace cosas admirables, y eso que no está nada buena, nada buena.»

Estos discursos no entusiasmarán á los muchachos, pero despertarán la curiosidad de los hombres maduros. La ensalzarán á usted con extraordinaria gravedad, magistrados retirados ó en activo servicio, senadores y antiguos *sportsmen* vencedores en el tiro de pichón. Serán sinceros, estarán emocionados, ó, por lo menos, creerán estarlo. Algunos de ellos propondrán suscripciones que siempre es preciso aceptar. Muchas veces me he visto obsequiada y atendida de este modo, por interés hacia los pobres, según decían; pero yo comprendía que todo aquel interés lo inspiraba sencillamente el amor, y me sentía tan codiciada como cuando era muchacha, sólo que yo misma pensaba que ya no tenía edad para ello, y se me antojaba que era algo así como un racimo de albillo conservado entre papeles de seda. Hará usted bien en sustraerse ingeniosamente, si le es posible, á esas beatificaciones ilícitas. No son peligrosas desde el punto de vista de la moral, pero, á poco que les prestemos atención, des-

aparecerá ese hermoso olvido de nosotras mismas, sin el cual ya no seremos solteras sino sencillamente mujeres que no han encontrado marido.

Y por último diría á mi candidata: Tenemos una historia muy larga y muy noble que es preciso continuar: la historia de las familias francesas. Estas familias han sido, en gran parte, obra de las solteras, de las cuales estaba antes Francia mejor provista. ¿Quién no recuerda á su tía Gothon, á su tía Mariquita ó á su tía Úrsula? Nadie heredaba de una vez grandes fortunas de aquellas mujeres pobres ó arruinadas; pero existe la herencia diaria, la de los beneficios que producen nuestras acciones. La tía Gothon hilaba, la tía Mariquita arrullaba á los pequeñuelos, y la tía Úrsula los enseñaba á leer. Las madres, muy fecundas, encontraban de este modo, sin desembolsar un cuarto, quien les ayudase á criar á sus hijos. Entonces había cuatro, seis, ocho brazos para dormir á los niños, varias voces para cantarlos, un solo corazón para educarlos. Las tías extendían también su radio de acción fuera de su casa, y esto es lo que hay que hacer. ¡Cuánto me hubiese gustado conocerlas! ¡Debían tener un surtido tan grande de recetas y de máximas adecuadas á su posición! Ignoro lo que acerca de esto dirá la estadística, pero diga lo que diga con respecto al número de solteras que hay en Francia, estoy segura de que ha disminuído el número de las solteras útiles á sus parientes y á sus vecinos, de las solteras que poseyendo escasa fortuna, hacen, viviendo en el mun-

do, casi la misma vida que las monjas. Ni damos ni daremos jamás abasto. Sin embargo, creo que van á ingresar en nuestras filas nuevos reclutas. Otras mujeres mejores que nosotras, más santas, que nos han reemplazado, ó que se han adelantado á nosotras en el ejercicio de la caridad. Ahora que se ven expoliadas, arrojadas de sus casas, es probable que muchas de aquellas á quienes sedujo el claustro, se unan á nosotras, que no tuvimos una vocación tan perfecta.

No tenga usted miedo de aburrirse. Después de pasarme un día correteando por el país de la miseria, cuyo mapa jamás estará terminado, tengo la vista fatigada, los pies doloridos, el corazón lleno de amargura por las lástimas que he oído contar ó que he visto; pero me falta tiempo para estar triste. Y son tantos los hijos que fuera de mi casa me están esperando siempre, deseando que me levante, que me duermo en cuanto me acuesto.

Quando aún no es hora de ir á visitarlos y estoy en mi gabinete de París ó en mi alcoba del campo, cojo mi libro de memorias y escribo un recuerdo de esta vida activa, febril, que es la de otras muchas mujeres, y que pocas personas conocen entre las aficionadas á leer. Episodios vividos por mí ó por mí adivinados, dolores soportados en silencio, alegrías vistas tan de cerca, que por un instante y hasta algún tiempo después las he creído mías... A esto llamo yo mis *Memorias*.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO RYES" 2  
Cada 1625 MONTERREY, MEXICO



## II

### Una vida.

*7 de Febrero de 1887.*—Día de invierno, no hace viento, pero hay una niebla helada, traidora, de la que es imposible resguardarse, que agota las energías del cuerpo y las del alma, que está preñada de amenazas de muerte, así como ciertas nubes están cargadas de electricidad y el aire de primavera saturado de vida. El lodo de las calles se disuelve lentamente, se convierte en una masa semejante al sebo que lo invade todo, y los carruajes que pasan dejan dos surcos de color de hierro, como las vías de un tren. Los transeúntes huyen del barro, siempre que pueden; pero los chiquillos que van recogiendo carbón chapotean en él y en él hunden ambas manos. Son los tiznados rebuscadores cuatro niños; dos zagalones de doce á trece años,—tal vez tengan algunos más, porque no se puede calcular bien la edad de una criatura cuando su vida se desliza en la miseria,—una niña de unos nueve años y un arrapiezo de cuatro ó cinco. Van tras una hilera de carretas que llevan á una fábrica su provisión de

hulla, y cuando por efecto del traqueteo se desprende un fragmento de la carga y cae al suelo, se abalanzan á un lado y á otro, todos al mismo tiempo, casi bajo las ruedas, entre las patas de los caballos, y cogen el pedazo de carbón. Cada uno tiene un saco colgado de la cintura, excepto la niña que lo lleva en la mano. Me interesa más que los otros porque puedo ocuparme de ella y de otras como ella con más facilidad. Las solteronas como yo tenemos siempre ternura de reserva para repartir, y ello es una fortuna para todas esas criaturas que á no ser por nosotras no sabrían lo que es cariño. Yo también empecé á seguir á las carretas, pero por la acera. ¡Qué claramente iba pregonando el aspecto de la chiquilla que era una de esas niñas que se crían sin madre, y á las que conozco desde muy lejos, desde que he visto tantas de muy cerca! Duerme mal, come peor, está abandonada, es viciosa; lo adivino en su carita afilada, paliducha, con las mejillas arreboladas por la fiebre; en la violencia de sus ademanes, cuando empuja al más pequeño de la cuadrilla para coger antes que él los pedazos de carbón; en su risa, en la que vibra el reto y la insolencia cuando los mayorcitos la dirigen la palabra; y en sus ropitas que nadie ha remendado ni lavado jamás. ¿Las habrán cosido convenientemente una vez siquiera? La falda, de merino negro, le hace un respingo por la derecha, le cuelga demasiado por la izquierda, y le forma por detrás una porción de pliegues, á manera de una cola que le tapa los pies y la arrastra por el lodo. Tiene bonito

pelo, rubio, de un color ya desvaído, entre paja y heno. En su cabellera hay reflejos de oro. ¿Los habrá también en su alma?

Seguí tras los carros. Subieron por una calle del barrio, empedrada, estrecha, en la que el carbón caía desde lo alto de aquellos montones ambulantes en llovizna menudita que formaba dos regueros á ambos lados del carro. Los cuatro chiquillos no cesaban de agacharse y enderezarse. De repente, las carretas dieron una vuelta, las dos hojas de un portón se abrieron ante la primera como movidas por un resorte, y se cerraron cuando la última hubo entrado en un patio desierto, rodeado de tapias. Los pequeñuelos quedaron un momento inmóviles, contemplando este obstáculo; luego dejaron sus sacos en la cuneta del camino, y los tres niños saltaron la cerca de un prado que se extendía á treinta pasos de allí. Acerquéme á la niña, que estaba cansada y que respiraba anhelosamente apoyada en un árbol, y la pregunté:

—¿Cómo te llamas?

La chiquilla me contestó, deseosa evidentemente de verse libre de mí:

—Georgina.

—¿Estás siempre en la calle como hoy?

—No; nada más que los días que viene carbón.

—¿No bastan tus hermanos para recogerlo?

—No son mis hermanos, son unos chicos. Sólo el pequeñito es hermano mío.

—¿De modo que tu padre no tiene trabajo?

Calló.

—¿Ni tu madre tampoco?

—Está tísica.

Sentí en el corazón como una puñalada al escuchar esta frase, dicha con brutal indiferencia. La niña se hubiese expresado en el mismo tono si se hubiera tratado de una yegua, de una marrana ó de una gata. Sin embargo, no lo había hecho con intención de insultar á su madre ó de asustarme. Este era el modo de hablar de sus conocidos y de sus amigos.

—¿En dónde vives?—la pregunté.

Sin mirarme me dijo un número y el nombre de una calle. No pude encontrar su mirada. Impaciente, inclinada hacia delante, escuchaba los gritos de los tres chiquillos, que debían correr junto á un seto, allá á lo lejos. Y, como ya había descansado, corrió á la cerca y saltó al prado para reunirse con ellos.

*Mayo de 1890.*—Estuve tres años sin tener noticia de Georgina. Me había dado unas señas falsas. Y, por otra parte, mis ocupaciones me impidieron continuar mis pesquisas. ¡Tengo tantos clientes de los que se van para volver y de los que se van para no volver, sobre todo de estos últimos! ¡Cambia tanto de sentimientos y de alojamiento la miseria! Sin embargo, no había olvidado á la chiquilla. Un día la encontré inopinadamente; en una casa á la que iba yo con frecuencia, sin sospechar que vivía allí su madre desde hacía algunos años. La niña fué la primera en reconocerme, y ello la produjo una especie de alegría que

iluminó su carita paliducha. La encontré crecida, demasiado alta para su edad, y comprendí que estaba triste en cuanto me dió los buenos días. Estábamos en el portal de una casa de las afueras, ni vieja, ni sucia, detrás de la cual, por la puerta entreabierto del corredor, se veía un jardín dividido en seis partes, sembrado casi todo él de coles, y un barreño lleno de ropa mojada.

—¿Lavas?

—Yo lo hago todo; mi madre no puede hacer nada. Cuando vengo de la escuela tengo que trabajar de firme, y en cuanto me levanto arreglo la comida, las camas... Afortunadamente no tenemos una cama cada uno.

En su entonación advertíase esa cólera, ese afán de emanciparse, esa rebeldía que son signos de la suprema ignorancia. Hablamos de la escuela. La niña no cesaba de mirar al jardín. Los oblicuos rayos del sol doraban las coles y el caballete de la tapia. Un gorrión gorjeaba, esponjándose lleno de satisfacción, y repetía: ¡Qué bien se está!, ¡qué bien se está! Georgina era de las primeras de su clase. Adiviné que deseaba probármelo y la interrogué. Todo lo sabía: «Francisco I, 1515-1547; Enrique IV, 1589-1610, asesinado por Ravaillac el 14 de Mayo de 1610; la batalla de Wagram, el 5 y 6 de Julio de 1809; la presidencia de Grévy, desde 1879 á 1887...; el volcán de Popocatépetl en las montañas Rocosas...» Y sonreía recordando otras muchas cosas que hubiera podido responder. La pregunté:

—¿Sabes que tienes un alma?

Se encogió de hombros, sin acentuar demasiado el ademán, y contestó:

—¿Y para qué sirve?

—Pues para vivir y morir, sencillamente, hijita. No puedes figurarte lo que ganarías, hasta en valor y en alegría, si supieras que tienes alma y que hay Dios.

Por vez primera vi sus ojos, que se fijaron en los míos. Eran azules; un relámpago de ternura fulguró en la superficie, y las sombras quedaron allá en lo profundo. Prevalcieron las sombras y la mirada tornóse dura, porque el corazón se cerraba.

—¡Bah!—exclamó,—¿en dónde se aprenden esas cosas?

Seguimos hablando durante medio minuto; luego, la falta de tiempo, la desconfianza que yo la inspiraba y otras pasiones, la solicitaron. Agitó los dorados mechones de su revuelta cabellera, echó á correr por el corredor, bajó dos escalones, y á poco sentí el ruido de la paleta con que golpeaba la ropa.

Algún tiempo después supe que había ido tres veces á la parroquia á escuchar las explicaciones del catecismo, «por complacer á la señorita». Pero allí se encontraba como gallina en corral ajeno; era una de las mayores y de las menos adelantadas. No volvió. También me contaron que la familia había cambiado de domicilio y que Georgina estaba trabajando en una fábrica.

8 de Septiembre de 1900.—Ayer tarde estuve pasean-

do por la acera de un hermoso paseo lleno de árboles, y recreándome en la dulzura del ambiente, y en la alegría y la satisfacción de los que paseaban como yo. Los domingos de Septiembre nos dan á conocer una población que no vemos tan bien ni tan completamente durante los demás meses; una población casi homogénea. En invierno, en verano, un lindo sombrero oculta muchas caras feas. Pero en Septiembre, las lindas plumas, las lindas cintas, las lindas formas están en el campo. Entreteníame, pues, en observar aquella multitud completamente popular y en estudiar la asombrosa decadencia de la moda á través de las clases sociales. En París no hay más que imitaciones baratitas. Cuando se ve la postrera transformación de lo que fué una idea de lujo y de belleza, no es una sonrisa lo que viene á los labios, por lo menos, á los míos. Es necesario consolarse contemplando los rostros y la satisfacción de ser bella que en ellos se refleja. Pensaba esto cuando se me adelantó una pareja. El novio era un obrero muy joven, imberbe, más bajito que la mujer, flacucho y encanijado por el alcohol. Parecía muy enamorado, reía mucho, sin la menor turbación y estrechaba ostensiblemente el brazo ó la enguantada mano de su compañera. Georgina llevaba guantes: guantes de Suecia color paja, y un sombrero que lo menos le habría costado 7,50 francos, uno de esos sombreros que están adornados con pana y con flores bastante bonitas. No reía, hasta hubiera querido que todos hubiesen sido muy juiciosos, muy dignos, muy



altivos durante el paseo. Pero todo se lo perdonaba al marido futuro, al hombre á quien amaba y que representaba para ella la libertad y tal vez la ociosidad, ese sueño dorado de los pobres. Georgina estaba seductora. Sus cabellos, peinados en bandas, huecos, foscos, alborotados, semejabán dos alas de perdiz. El sol prendía un nimbo en torno suyo. Los transeúntes adivinaban su alegría y la miraban pasar, y había mujeres que se volvían después de haberla contemplado, por la emoción que producen estas cosas cuando se recuerdan. Georgina me reconoció, pero sin duda le contrariaba verse obligada á explicar nuestros encuentros. Me tropezó al pasar, hizo como que se fijaba en un grupo que cantaba bastante lejos, y no me saludó.

No estaba casada aún, puesto que detrás de ella, arrastrando los pies, iba esa pareja de viejos, tíos, primos ó amigos, que los novios suelen llevar á remolque en sus paseos, y á los que convidan á beber en los ventorros.

*16 de Marzo de 190...*—Esta mañana iba yo muy deprimida, y crucé una callejuela llena de tenduchos minúsculos que forman pasadizos lóbregos, abovedados, los cuales desembocan á los quince ó veinte metros, en verdaderas ciudades de obreros. Una mujer que salía de uno de aquellos oscuros corredores, me tropezó ligeramente y, nerviosa, me dijo:

—Usted dispense, señora. ¡Veo tan mal!

Nos miramos, y antes de que yo hubiese hablado,

dos manos estrecharon las mías y ví que los labios se agitaban nuevamente para decir:

—¡Venga usted! ¡Oh! ¡Venga usted, soy muy desgraciada!

Imposible resistir á esta súplica. Entró conmigo en el oscuro portal y yo escuché sus lamentaciones. Su marido la abandonaba. Sus dos hijos eran una carga muy pesada, no sabía ningún oficio, y la fábrica obliga á estar tanto tiempo fuera de casa! Las manos no me soltaban; los ojos no se separaban de los míos. En su angustia acudía á mí, porque trece años antes la había compadecido por algo más que por su miseria.

Hablamos íntimamente, sobre todo de sus hijos y de los proyectos que me confiaría cuando yo fuese á verla á su casa. Se lo prometí.

—Es que—añadió acompañándome hasta la calle—yo no me encuentro nada buena... ¡Mire usted qué pálida estoy! Soy...

Sonrió con una expresión que me hizo daño; recordó lo que en otra ocasión me había dicho, y murmuró:

—Estoy física, como la otra.

Y añadió muy quedo al separarse de mí.

—Tal vez sea este el momento oportuno de enseñarme todas esas cosas que no sé, puesto que no solamente sirven para vivir...